

ANDRES BELLO, HISTORIADOR

Dr. Manuel Goico Castro

Venezuela dio a Bello, al nacer en Caracas el 29 de noviembre de 1781, vida y nacionalidad; Inglaterra contribuyó a afianzar su profesión de gramático, filólogo y lingüista, y Chile dio a su genio universalidad como humanista, como internacionalista y como civilista, y lo proyectó a todas las edades, otorgándole la ciudadanía de inmortal.

En Colombia le nacieron su más geniales discípulos: Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez, y tras ellos varias generaciones de filólogos, de puristas y de hablistas que honran la lengua castellana.

A España tenemos que reconocer el derecho de festejar el bicentenario del nacimiento del hijo de América que más denodadamente ha luchado por el esplendor y la grandeza de ese idioma que es el legado más glorioso de la Madre Patria a más de veinte naciones del hemisferio occidental.

Arturo Uslar Pietri—considerado como el escritor de más renombre internacional de la Venezuela de hoy—, proclama que “la Gramática de Bello es la respuesta cabal y extraordinaria al grave signo de la hora. Ese monumento insigne de sabiduría y sentido histórico que es todavía, pese al siglo largo corrido desde su publicación, la mejor gramática de nuestra



lengua, es la hercúlea empresa del caraqueño para salvar la unidad del idioma”. Y agrega con lúcido estilo: “No es Bello un purista sino un atrevido y genial innovador. Busca en el espíritu de la lengua su propia naturaleza, y define el buen hablar no como la imitación servil de reglas académicas o de maneras de otras regiones, sino como “el uso general de la gente bien educada”. Piensa, con increíble modernidad, que los hombres hacen el idioma y que por un sentido esfuerzo de la inteligencia y de la voluntad es perfectamente posible evitar que se repita entre nosotros “la tenebrosa época de la corrupción del latín”. (Discurso Boletín Acad. de la Hist. Caracas Núm. 192, p. 501).

Bello da prendas de su americanidad y de su universalismo cuando en el prólogo de la Gramática expresa: “No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoamérica. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes”... “Sea que yo exagero o no el peligro de la división del idioma, él ha sido el principal motivo que me ha inducido a componer esta obra, bajo tantos respectos superior a mis fuerzas”. (vide: Rafael Caldera: Andrés Bello, Discurso, Bol. cit. p. 489).

En su Historia Fundamental de Venezuela el ilustre ensayista José Luis Salcedo-Bastardo afirma que “Miranda abre la trilogía de los caraqueños que ocuparán por cerca de una centuria, en sorprendente sucesividad cronológica, el primer plano continental: Miranda, Bolívar y Bello. Los tres máximos que hasta



ahora América presentó al mundo; todos incomprendidos por sus compatriotas venezolanos y todos fallecidos lejos del suelo natal”. (Ob. cit. p. 217).

Rafael Caldera, pensador y bellista connotado, reafirma tan lúcido criterio cuando proclama con orgullo venezolanista el privilegio de que “en Caracas nacieron y se formaron las figuras más altas entre las que plasmaron la fisonomía del Continente. Andrés Bello nació junto a la iglesia de las Mercedes... a seiscientos metros escasos de su casa nació Miranda, el Precursor indiscutido del ámbito continental; a seiscientos y tantos está la casa donde nació Bolívar, el Libertador no de Venezuela solamente, sino de la mitad de Sud América.

“Las letras me alimentaron en mi larga peregrinación”, confiesa el humanista en el discurso de instalación de la Universidad de Chile. Entonces acaso evoca, complacido, la frase de una carta que Juan Germán Roscio —amigo íntimo y orientador—, le dirige el 29 de junio de 1810: “Ilústrese más para que ilustre a su patria”. Aún Bello no había arribado a Inglaterra, y ese objetivo inspiraba su alma, como meta suprema, presente ante sus ojos, luminosamente, como una estrella que acudiera todas las noches a dictarle un mensaje sobre la cima del Monte Avila. Casi todos los grandes poetas de la humanidad han tenido el privilegio de poder dialogar con el infinito y con los astros.

Luis Alberto Sánchez pone de relieve que “en su tiempo de Londres, Bello no asistió a una Universidad ni recibió lecciones de ningún maestro; estudió por su cuenta, con solicitud cotidiana, en el Museo Británico,



en la biblioteca personal de Miranda (en su casa de 27 Grafton Street), o en el contacto con los hombres y las publicaciones que en el medio puso a su alcance”.

Al analizar la obra ciclópea de Bello, Caldera —uno de sus mejores intérpretes—, afirma que “cargado de ciencia, de voluntad, de visión grande de lo que hay que hacer, desembarca en el puerto de Valparaíso el 25 de junio de 1829. Tras de los 29 años de Caracas y los 19 de Londres, vendrán 36 años de intensa labor en Santiago”.

No tardará mucho tiempo en que un reputado crítico de la patria de Lautaro y de Neruda dirá: “Si no fuera la obra de un francés trasladada al español por un venezolano, *La oración por todos* sería la mejor poesía chilena”.

Cuando aún no había nacido el modernismo, ese “gran movimiento de entusiasmo y de libertad hacia la belleza”, según el acertado juicio del inmortal Juan Ramón Jiménez, Don Andrés Bello trasplanta a América la esencia panteísta de las odas heroicas y la luminosa poesía bucólica de Virgilio y de Horacio, a manera de fieles mensajes que traducen las vibraciones de su pensamiento. Al juzgar esa producción lírica, Pedro Henríquez Ureña, nuestro crítico por antonomasia y humanista, también de relieve universal, aduce que “la forma es clásica; la intención es revolucionaria”.

Con esa prosa esmaltada de luz, que aflora en soberano estilo, como bien pergeñada siembra de diamantes, Bello escribe su *Resumen de la Historia de Venezuela*.

Es fácil advertir que en esas páginas su pensamiento palpita, soliviantado con todas las fuerzas de su



cálido y hondo amor al lar nativo. En los relatos y en las semblanzas de los más señeros personajes, campea equilibrio y la más ecuánime ponderación. El autor luce inspirado por el patriotismo que fluye, virginal e incontaminado, de su alma procera, en los primeros veintinueve años de su vida en Caracas.

Pedro Grases en su estudio *Andrés Bello y su amor a Caracas* consigna que “en la bien cortada prosa del *Resumen de la Historia de Venezuela*, surgen con singular reiteración, las definiciones que le merecía a Bello su país de origen. El “*Resumen*”, agrega Grases, “es la síntesis de los tres siglos coloniales escrita a fines de 1809 o en los primeros meses de 1810, o sea en vísperas de la transformación política del 19 de abril, poco antes de que se ausentase nuestro humanista. Corresponde, por tanto, a sus últimos tiempos de residencia en Caracas, en las postrimerías del régimen español. Bello nos habla del “suelo privilegiado de Venezuela”. En su *Historia* lo califica como “uno de los más preciosos dominios de la Monarquía española”, “preciosa porción del patrimonio de Castilla”.

Grases, uno de los más devotos apologistas de Bello, sostiene que esas “son citas elocuentes para atestiguarnos que el encadilamiento hacia Venezuela no es el resultado y consecuencia de una situación de lejanía en Londres o en Chile, sino reflexión madura de juventud, sin haberse alejado de la tierra como fruto de las meditaciones vividas en Caracas, en donde forjó el convencimiento de la hermosura y riqueza de la tierra, junto con las posibilidades que el destino prometía a Venezuela”.

Además de esta obra, cuando Bello luce en su cabeza de armiño el penacho y en sus manos señoria-



les se calza los guantes de Herodoto y de Tucídides, avala con su firma esclarecida los ensayos *Modos de escribir la historia*, y *Modos de estudiar la Historia* y escribe la obra *Historia de la Literatura*, producciones dignas de ponderación en las cuales los bellistas de América y de España analizamos su luminosa faceta de historiador. En estas obras, según Rafael Caldera, “sorprende su concepto moderno y equilibrado de esta ciencia”.

Salcedo Bastardo afirma que “el primer libro que se imprime en Venezuela es el *Calendario Manual y Guía Universal de Forastero* —1810—, atribuido a Andrés Bello, quien también fue -redactor de la *Gazeta de Caracas* (ob. cit. p. 173).

Ofrecemos una primicia para consumo de los historiadores y eruditos dominicanos: la mano de ángel, la mano milagrosa —hábil como para abrir los portales del cielo—, la mano de Don Andrés Bello, reseñó en la *Gazeta de Caracas* la efemérides histórica en torno al abatimiento de las huestes napoleónicas el 7 de noviembre de 1808, en las sabanas de Palo Hincado, bajo el empuje del heroico adalid Don Juan Sánchez Ramírez, prócer de la hispanidad.

Andrés Bello es compañero de infancia de Bolívar y uno de sus maestros, El Libertador ha de evocarlo con frases dignas de su grandeza:

“Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío. Fue mi maestro cuando teníamos la misma edad y yo le amaba con respeto. Su esquividad nos ha tenido separados en cierto modo y por lo mismo deseo reconciliarme, es decir, ganarlo para Colombia”.

Uno de sus sucesores en el apostolado civil y



cultural hispanoamericano, nuestro humanista Pedro Henríquez Ureña, le consagró con el título de Libertador espiritual del Continente.

El crítico venezolano Mario Briceño Iragorry enuncia que Bello “movido al propio tiempo por el nuevo espíritu de libertad, procuró liberar la lengua del rigorismo latino a que la sujetó Nebrija”. Fue filólogo, lingüista, humanista, filósofo, internacionalista, crítico, poeta e historiador.

La suya es la estirpe de Aristóteles, Leonardo y Goethe; prácticamente ninguna rama del saber es extraña a su conocimiento. Deja importantes contribuciones y rumbos claros en los dominios de la literatura, la historia, la cosmografía, la física, la política, la botánica, la química, la zoología, la filosofía, la lógica, la geografía, el derecho” (Salcedo-Bastardo: *Historia Fundamental de Venezuela*, p. 300).

Cuando el genio se aproxima al ocaso y como un astro luminoso desprendido del cielo tiende a precipitarse en la inmensidad insondable del infinito, agota los últimos años de su vida en el “magisterio que ejerce desde la silla rectoral de la Universidad de Chile, convertida, por la magia de su presencia, en el Aconcagua de la cultura latinoamericana”. Para ese tiempo, un escritor francés al visitar a Bello poco antes de su muerte, legó a la posteridad esta vívida semblanza: “El sabio anciano estaba en su bufete, donde pasa regularmente ocho o diez horas; es el puesto en que quiere morir. No he visto nunca cabeza más bella, ni fisonomía más dulce y benévola”.

Pocas veces Santiago de Chile se ha conmovido tanto como cuando los campanarios, coronados con



una cornisa de palomas, lanzaron al vuelo repiques fúnebres para anunciar la muerte de Don Andrés Bello el 15 de octubre de 1865.

Un siglo después, en Chile, América y el mundo, los hombres de pensamiento, los potentados y los humildes se pusieron de pie, para invocar a Dios y llorar con la cara al sol, al poeta universal Pablo Neruda.

Ante el féretro de Don Andrés Bello desfilaron las legiones universitarias; sus discípulos, que más tarde serían altas cifras del pensamiento latinoamericano y los más notables hombres de Chile: Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria, Miguel Luis Amunátegui, Manuel Tocornal, Aníbal Pinto, Diego Barros Arana, Manuel Antonio Matta y otros.

La prensa de la época, al reeditar sus páginas antológicas en prosa y verso, incluyó su poema a la Revolución de 1810 (Origen de la Independencia), una de cuyas estrofas reza:

*Dieciocho de septiembre, hermosa fiesta
de Chile, alegre día
que nos viste lanzar el grave yugo
de antigua tiranía,
cánticos te celebren de victoria,
que blanda el aura lleve
desde la verde playa hasta las cumbres
coronadas de nieve.*

El tono de América, su paisaje fiel y genuino, observa Salcedo-Bastardo, lo ofreció Don Andrés Bello tanto en su lúcida obra de pensador—historia-



dor y crítico literario —, como en sus producciones poéticas.

Nunca vacilamos en escudarnos en la sobriedad, como la meta ineludible de todo escritor que aspire a deleitar y a conservar la atención y el aprecio de su auditorio. Compenetrados de esa postura podremos glosar una frase de Bolívar, esculpida en prosa olímpica: “Lo que se ha hecho no es más que un prelude de lo que podéis hacer”. Fue la exhortación con que el Libertador estimuló en 1819 a los combatientes de la epopeya heroica, erguida sobre los estribos rutilantes de Palomo Blanco.

Bello en su *Resumen de la Historia de Venezuela* y en sus demás obras supo manejar la péñola con el comedimiento y la sabiduría que era prenda de gracia y de excelso linaje en los clásicos del siglo de oro español, y por ende, continuará trazando pautas positivas y luminosas a la juventud de América y de España, entronizado en un alto pedestal, como un oráculo de verdad, de bien y de belleza, a través de los siglos.

(Coloquio sobre Andrés Bello.

Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

25 de noviembre de 1981.)

